

ENTREVISTA



HERNÁN MIGOYA

Quiere matar a Hernán Migoya

“Quítame tus sucias manos de encima” (Norma). Es lo que le podría haber dicho alguna azafata del Salón del Cómic de Barcelona a nuestro cronista, pero se trata también de la última novela de Hernán Migoya, guionista de cómics, realizador cinematográfico, escritor y, sobre todo, adalid de la cultura popular. **texto ANTONIO BAÑOS fotos ROSMI DUASO**

Sí hombre, el de *Todas Putas*, el tipo que ha denunciado el chanchullo de las subvenciones del cine tras dirigir *Soy un Pelele* con el feo de los Calatrava. Cómo olvidarle, el misógino, el facha, el liante... Señoras y señores, me voy a ver tebeos con Hernán Migoya.

Voy al encuentro de Hernán al Salón del Comic de Barcelona. que es como ir a pescar salmón a un río; es decir, buscarlo en sus orígenes.

Migoya ha trabajado mucho y ha picado mucha piedra en el sufrido mundo del cómic como guionista, editor, descubridor de talentos y director de revistas como el *Vibora*. Pero en esta edición del Salón nos aparece con una novela bajo el brazo: “Quítame tus sucias manos de encima”. Un libraco donde, junto al texto desopilado, te llevas las ilustraciones de 51 dibujantes que salpican la narración en un homenaje a las novelas ilustradas de Bruguera que alimentaron nuestra niñez tanto o más que la Nocilla.



**Quítame tus sucias
manos de encima**
Hernán Migoya
Norma
416 págs. 27 €.

En el *saloon* del Salón a las once de la mañana hay más cuarentones que juventud. Tras el cortado, voy hasta el *stand* de Glénat. Allí, Hernán ejerce de *scout*, de seleccionador de nuevos talentos. Dos chavales le acaban de entregar su proyecto: *Getafe Sector 3*. Hernán lo mira: “Tiene un estilo muy suelto, muy fácil, pero quizá no sea el de la editorial”. Los chavales le miran y no dicen ni mu. “Si veo que mola lo paseo por donde haga falta”. Los chavales marchan inquietos y esperanzados como cuando una chica te da el teléfono y no sabes si llamarla al día siguiente te hace desesperado.

Poema de sexo y violencia

La Novela de Hernán es un grueso volumen de tapa dura con una portada y una contra dibujadas por el incommensurable Peter Bagge, el autor de *Odio*. La novela es una suerte de mezcla afortunada entre *Mundo Canibal*, *Pantaleón y las visitadoras* y un Peckimpah la tarde de la peor de sus resacas.

La acción, explicada en múltiples capas, transcurre en un país latinoamericano indeterminado, aunque la experiencia peruana del escritor ha sido determinante. “Si no sublimas tu experiencia con Latinoamérica siempre quedas como un europeo benevolente”. Un acercamiento a la “barbarie” del mundo no occidental a través de influencias sorprendentes: “*La serpiente emplumada* de D.H Lawrence ha sido un antecedente directo de este libro. Allí no hay una visión política sino sensorial del otro país, sin pasarlo por el racionalismo. En lugar del real maravilloso de García Marquez he buscado lo maravilloso real”.

Mientras caminamos por el Salón todo son saludos de tipos que son buenísimas personas pero que ninguna madre pagaría por tener como yernos. “A ver si saludas, Migoya, no sea que te salga un herpes”. Y Hernán, como un pulpo en una marisquería, alarga manos y se anda con mil ojos.

La señora de Migoya es del Perú, de la parte selvática, me cuenta, y el cho-



que de este chaval de extrarradio con los trópicos ha sido de lo más fecundo: “Allí hay una fruta que tiene muchas hormonas femeninas y por eso en la selva se dan tanto los travestis. Es una historia muy bonita: ser gay por ingesta. Hay una liga de fútbol de niños de 14 años gays, es acojonante... Soy un enamorado de aquello”.

Además, allí se codea con lo mejorcito: “Cené dos días con Vargas Llosa”, confiesa. La oposición entre el mundo rico y el otro la trae estudiada de casa “En ambos mundos se busca vivir más. Aquí vivimos más tiempo y allí con más intensidad”. Y, claro está, si algo prefiere Migoya (aunque no renuncie a llegar a viejo) es la tralla. “En el fondo lo que quería hacer es un poema de sexo y violencia. Son las dos pulsiones que más me interesan. Para mí, el arte es fascinar. Cuando repaso mis ídolos todos son gente oscura como Charles Williams o Robert E. Howard y sus novelas de Conan. Valoro más la fuerza interior de un escritor que su talento formal”.

Es importante hacer una aclaración para que el lector tenga una idea cabal de aquí el amigo. Cuando uno lee las declaraciones de Hernán Migoya, así en pura tinta, se puede tener la impresión de que el personaje es un *headline-machine*; esto es, una máquina de dar titulares. Uno de esos tipos que suelta frases gordotas y se golpea en el pecho como un macho alfa. Nada de esto es cierto. Cuando uno lo tiene delante, siempre se lleva una

“Mis ídolos son gente oscura. Valoro más la fuerza interior del escritor que su talento.”

sensación de extraña y algo melancólica sinceridad. Sus frases salen de una mirada tierna y una prosodia acabada en desencanto. “Yo no soy capaz de liberarme de mí mismo. Estoy harto del rollo compadreo de siempre: ‘Qué Hernán, ¿ya la estas liando otra vez?’. En plan benevolente, sin dar realmente valor a lo que escribo. Y luego, cuando me la estoy jugando, nadie da la cara. Aunque también he de decir que alimento ese victimismo”.

Prosa como Cola Cao

En 2003, el susodicho se vio envuelto en un monumental lío, con su *Todas Putas*, en el que las fuerzas de la gilipollez que gobiernan el puritanismo hicieron una amplia demostración de sus taras. Desde entonces parece que el sino de Migoya es aparecer con el papel de “polémico”, diga lo que diga. “Es lo que no entiendo... ¿Por qué no puedo ser como Risto Mejide? Debe ser una cosa de inteligencia, de saber jugar al juego mediático. En cambio, en Perú me tratan como tratan a Woody Allen por aquí”.

La figura del gachupín, del español en América, alterna entre el neocolonizador y el turista compasivo que alaba el sufrimiento indí-

gena. “Todos viajan al Perú en busca de la emoción del Machu Pichu, pero en la calle Independencia de Barcelona hay un restaurante peruano de menú a 4,80 buenísimo. Nunca hay ni un solo español”. Lo exótico, como indica la misma palabra, mejor lejos.

Es comprensible que le aburra este papel, sobre todo cuando empieza a contar con una obra literaria a tener muy en cuenta. Desde la conmovedora *Observamos cómo cae Octavio*, al seco guión del cómic *Olimpita*, Migoya va a salto de mata como un partisano ruso huyendo de los nazis del políticamente correcto. Como leí de él en un blog, padece “obstinación creativa”. “Estoy pensando escribir novelas *pulp* clásicas. Pero la idea es hacerlo con seudónimo. De hecho, pienso matar a Hernán Migoya. Estoy harto de Hernán Migoya. Estoy harto de que siempre saquen lo mismo”. Ya veis lo que habéis conseguido. Así que quitad vuestras sucias manos del chaval, canastos.

Por nuestro lado pasa tan campante un *Stormtrooper* que, para quien no haya hecho la mili, son los soldados esos blancos que matan a puñados en *La Guerra de las Galaxias*. Poco a poco, en el Salón van apareciendo aficionados ejerciendo su constitucional derecho al *cosplay*. Y, para quien no sepa que vive en el siglo XXI, diremos que el *cosplay* trata de aparecer en un acto público (mejor un Salón del Cómic que una comunión) vestido



Diversas instantáneas del paso de Migoya por el Salón del Cómic y de sus diversas facetas: descubridor de nuevos talentos, sociólogo, autor...

igual que su personaje favorito. Y así, aunque aún refresca, tenemos a un Lobezno adolescente con patillas pintadas y camiseta imperio.

“Yo soy muy ambicioso, tío. Cuando hago algo es como lo último que vaya a hacer. Y lo hago para el lector del futuro. Yo escribo para la raza extraterrestre que invadirá el planeta dentro de cien años, para que sepan cómo éramos de imbéciles. Tu arte es grande, tú no. El artista no debería tener ningún culto”.

Así se desespera Migoya cuando, poco a poco, nos alejamos de su novela y del Perú jungloso y peligroso y nos vamos aproximando a la escena literaria peninsular. Le comento una de mis manías. Ésa que parece obligar a todo pollopera en la onda a escribir con frase corta y sin adjetivos. “Seca y cinematográficamente”, como dicen en las contraportadas. “Ah, la imitación de la frase corta americana. Yo ya hice eso porque he leído mucha novela negra, pero ahora leo a Ignacio Aldecoa y se te caen los huevos al suelo”. Aprovecho para avisar que la novela de Migoya es, en ese sentido, un festival. Prosa a todo volumen, barroca y grumosa como el Cola Cao.

Y seguimos hablando de los achaques de nuestra edad: “Me harta el escritor joven urbano que ya tiene cuarenta. Nos hemos pasado la vida leyendo, viendo series, cómics, y no hemos vivido nada. Somos la primera generación burbuja española”.

Generación Morcilla

Como verán, Hernán Migoya pertenece a esa generación literaria que conocemos como Generación Morcilla y de la él es el único representante. Morcilla porque resume lo que le importa la escena figurativa. Esto es, la que te obliga a ir figurando en los saraos. “Yo, por suerte o por desgracia, no soy *cool* para la élite literaria barcelonesa. Yo, cuando voy a una fiesta literaria, generalmente es para ajustar cuentas. No voy a otra cosa que a pelearme con gente que me ha maltratado. Para que se queden descansados, en la del *Qué Leer* todavía no hemos llegado a los mamporros”. Según me cuenta, fue un afeamiento de conducta privado y discreto con algún elemento de la crítica.

Pasamos por un *stand* dedicado al gran Vázquez, que este otoño recibirá un merecido homenaje con la película que glosará sus sablazos protagonizada por ese otro gran maestro del timo que es Santiago Segura. Allí se topa Migoya con el dibujante Bernardo Muñoz. Me explica: “Voy a hacer una continuación de las Hazañas Bélicas y él es el dibujante”. ¡Wala! Se me eriza el vello del bigote que tenía cuando era niño. Muñoz saca sus dibujos. “Te estás afrancesando en el entintado”, le dice. Desconozco si eso es bueno o malo y no pregunto embebido como estoy en las imágenes de los falangistas partiendo hacia Rusia. Ésta si que es una aportación de mérito al asunto de la memoria histórica.

Le llaman. Es Lou Carrigan, que quiere saludarle. No se trata de un dibujante yanqui ni de un espía del MI6. Carrigan es Antonio Vera Ramírez, un destacado escritor de lo que se llamó novelas de a duro y cuya figura ya glosó Migoya para esta cabecera. Carrigan y señora son amables y miran a Migoya con cariño. Para Hernán, la cultura popular no es un recurso estilístico. Es su propia vida.

Llega el momento de la presentación de su libro. Los dos autores de

“Yo escribo para la raza extraterrestre que invadirá el planeta dentro de cien años.”

Getafe sector 3 se sientan hacia el fondo. Lou Carrigan y señora, en lugar preferente. Y Robert Juan-Cantavella, el más *rocker* de los afterpop, a mi lado. Explica Migoya cómo, tras destacar el chanchullo de las subvenciones, recibió un correo de Álex de la Iglesia: “Decía que me callase la boca. De la Iglesia sí que acojona”.

Desencantado y entusiasta, en permanente estado de cabreo creativo, Migoya resume: “Mi gran fracaso sería, de aquí a diez años, seguir viviendo aquí. Por eso estoy tan contento de la crisis. Para que la peña espabile de una puta vez. Esto va a ser como una película de John Carpenter, van a salir grandes novelas, ya verás”. ■